

## LIBROS

## CRÍTICAS

Cándido POLO, *Prensa, locura y sociedad*, Madrid, AEN, 1999.

Un necio es quien quiere edificar y no calcula cuánto va a costar y si puede llevarlo a efecto conforme a su plan.

Sebastián Brant, *La nave de los necios*

Decía Mircea Eliade que la función del mito es garantizar al hombre «que lo que él se prepara a hacer *ha sido ya hecho*; le ayuda a rechazar las dudas que podía concebir respecto al resultado de su empresa». Los procedimientos legitimantes de base mítica tienden a enlazar las acciones actuales o futuras con la actuación memorable y ejemplar de unas personas extraordinarias en un tiempo lejano y dan la razón del presente o inmediato porvenir como una vuelta más de ese mito de mitos que es el eterno retorno.

Cándido Polo ha desvelado en la obra que nos ocupa la urdimbre de uno de los mitos valencianos que mejor venía soportando los vaivenes de la historia, convertido ya en ideología al servicio de «un discurso apologético integrado por elementos religiosos, asistenciales y patrióticos, que reclama para el mercedario Juan Gilabert Jofré y la ciudad de Valencia –y por ende para España– el mérito de haber levantado el primer manicomio conocido». Al socaire del mito de Jofré, en cuya leyenda se instala la ideología *jofrista*, las autoridades valencianas perpetraron en las postrimerías del franquismo la creación de un macromanicomio al que el breve texto conmemorativo previsto para una inauguración oficial que nunca llegaría a realizarse elogiaba como «la obra más importante que puede haber emprendido Valencia», desde el orgullo de «haber sido nuestra Ciudad la primera del mundo en prestar atención a los enfermos mentales».

El análisis de la ruidosa botadura, la accidentada singladura y el estrepitoso naufragio de esa moderna nave de los locos, que se quiso crucero y sólo fue galera, no lleva a cabo el autor en tres secuencias temporales: la primera etapa (de 1974 a 1979) es la del choque del proyecto inicial de una anacrónica «ciudad abierta», cuando la O.M.S. venía impulsando desde hacía décadas la desinstitucionalización y el cambio de rumbo hacia la intervención comunitaria, con el caos organizativo y la inoperancia directiva. La segunda (de 1979 a 1985) es la de la esperanza de que con la llegada de la democracia las cosas cambiarían también en el manicomio, un universo clausurado tradicionalmente ajeno a las transformaciones sociales. Las ilusiones pronto se vieron defraudadas por unos gestores públicos más pendientes del inmediato *que dirán* que de hacer bien la tarea que conllevaba la dignidad de su cargo. La tercera y última etapa de estudio (de 1986 a 1995) es la más opaca a la tentativa analítica, por la proximidad cegadora de la tolvancra levantada por la integración de la asistencia psiquiátrica en el sistema sanitario general. Esta fase, que alcanza hasta nuestros días, está marcada por la perversión de los conceptos básicos y el permanente enfrentamiento entre las medidas desinstitucionalizadoras y las posiciones contrarreformistas. Las tres etapas del eje diacrónico que atraviesa el libro las examina Cándido Polo a partir de las razones en que se sustentan los cuatro frentes que circunscriben los contornos de las instituciones totales, sean éstas educativas, sanitarias o asilares. La razón asistencial, la razón gerencial, la razón mediática y la razón social, en conflicto dialéctico siempre las unas con las otras y cada una consigo misma.

El resultado obtenido por el autor en este trabajo, tan bien documentado como pulcramente escrito, reúne los requisitos que San Agustín, coincidiendo en ello con Cicerón, pedía a la literatura que eduque, divierta y conmueva. Educa al mostrarnos el manicomio «como un microcosmos donde se reproducen las tensiones sociales de la comunidad, y a la vez participa de ellas a través de su propia interacción dialéctica con el exterior». Divierte porque está salpicado de anécdotas sobre la arrogante estulticia de los representantes de la razón gerencial o mediática, como aquel diputado promotor de una grotesca «Operación Belleza» tendente a maquillar las huellas del sufrimiento en los pacientes del manicomio, que Polo sabe llevar al grado de categoría con que ilustrar la fragilidad de la línea que separa la locura de la cordura y la sabiduría de la necedad. Conmueve porque traza este retablo de incuria, la privación de libertad y la muerte con el pulso emocionado de quien ha conocido de cerca el manicomio y ha decidido emplear lo mejor de sí y de la ciencia que profesa en derribar sus muros y acabar con la ignominia que encierran.

Un libro éste, en fin, recomendable no sólo a los profesionales de la salud mental, sino a todos aquellos dispuestos a rastrear el lado oscuro de las cosas, con la esperanza de descubrir en él el fundamento último de su cara luminosa. ¿Acaso no es el manicomio el reverso encastillado de un orden social que, igual que confunde «valor» y «precio», tiende a elevar lo «normal» a «normativo»?

Anacleto Ferrer

José M.<sup>a</sup> ÁLVAREZ MARTÍNEZ, *La invención de las enfermedades mentales*, Madrid, DOR, 1999.

En una época como la actual, en la que la finura del detalle en la exploración psicopatológica o en la construcción nosográfica caen víctimas de las grises políticas clasificatorias de consenso, en la que el contraste minucioso de la experiencia clínica propia con la de los otros queda reducido al «cortar y pegar» minimalista de los *digest* al uso, en la que la concepción antropológica de la mente se ve cada vez más sustituida por los presuntos avances de un mecanicismo cerebrista cuyo único logro real sólo ha consistido en disminuir los efectos secundarios de algunos psicofármacos, o, incluso, en la que hasta los más vanguardistas portavoces de *la clínica del sujeto* afirman con campechanía que no es preciso haber leído a Freud para entender a sus modernos continuadores; en una época tal, decimos, ya era, más que necesaria, imprescindible, la aparición de un libro como este de José M.<sup>a</sup> Álvarez, obra reconfortante y saludable, inusual por el rigor y la erudición con que viste sus páginas pero más aún por la valerosa e inteligente labor crítica con que analiza y decanta más de doscientos años de historia de la psicopatología. Pero no piense el lector que está sólo ante otro volumen de historia de la psiquiatría: el libro de Álvarez se resiste al encasillamiento como si su autor hubiese inventado un nuevo género en la literatura científica, al menos en la nacional, por su infrecuente combinación del punto de vista histórico con la más exigente y actual entrega a la laboriosidad de la clínica diaria. Aunque parta de posicionamientos foucaultianos y psicoanalíticos —la locura como *otro lado* de la razón; la «decisión» de delirar, el delirio

como *construcción* defensiva del sujeto y no como ruido de una estropeada maquinaria— tampoco se trata de una declaración más de «foucault-freudismo», ni pese a su título versa sobre psiquiatría social ni, según el autor, sobre antipsiquiatría (pero obras como esta dan la razón a Laing: los «antipsiquiatras» son «los otros»), sino que busca y consigue responder a «una interrogación con miras prácticas sobre el proceso de edificación de ese saber que la psicopatología ha ido sedimentando a lo largo de los dos últimos siglos en el terreno de la psicosis» (p. 21). Este monumental estudio de los clásicos (más de cuatrocientas cincuenta páginas), por tanto, no utiliza la historia como un adorno ni como refuerzo de la frágil autosuficiencia de los saberes actuales, antes bien como ineludible e irremplazable elemento que conforma la ética de la relación con el psicótico, «el vínculo entre un sujeto psicótico y el responsable de su tratamiento», como reza el prólogo de Fernando Colina, quien continúa anotando lo exigente que es la historia en sus métodos objetivos: «Ni admite cualquier dato ni descansa en su crítica incesante para aliviarse de todos los prejuicios [...]. Ahí, en ese territorio tan yermo como fecundo, es donde la comparación con la clínica alcanza su mayor intensidad».

La dialéctica entre clínica e historia es el *primum movens* de este libro. A lo largo de seis generosos capítulos, José M.<sup>a</sup> Álvarez transita con paso firme por los vericuetos que condujeron desde el término «locura» a la idea ilustrada de «alienación», y desde ésta a la discutible generalización del concepto «enfermedad» aplicado a lo mental. Pinel, Bayle y Falret le sirven de punto de partida para un trayecto que tiene escala actual en Andreasen, Crow y Lacan. El segundo capítulo estudia la controversia

iniciada en el s. XIX entre las escuelas de la paranoia (Griesinger, Hoffmann, Snell, Westphal y otros, de la alemana; Lasègue, Magnan, Séglas, etc., de la francesa), tema perfectamente conocido por el autor sobre el que escribió su tesis doctoral (*La psicosis paranoica en la clínica psiquiátrica franco-alemana (1800-1932)*, Universidad Autónoma de Barcelona, 1992). El tercero, en torno a la kraepeliniana *dementia praecox*, evidencia cómo los peculiares métodos del catedrático de Munich hicieron esa mezcla de paranoia, hebefrenia de Heckel, catatonía de Kahlbaum y «demencia estúpida» de Morel, cuyo éxito de público no ha podido evitar lo chirriante de su conceptualización aunque todavía hoy son excesivamente pocas y tímidas las voces que cuestionan semejante *cocktail*, condicionante negativo —por su inexorable pronóstico deficitario— del tratamiento de miles de pacientes. El cuarto capítulo, el mejor y más extenso del libro, se detiene con detalle en «La esquizofrenia: cinco visiones sobre el desgarramiento de la identidad (Bleuler, Ballet, Chaslin, Clérambault y Freud)», epígrafe que por sí mismo ya orienta acerca de otro de los posicionamientos del autor, la importancia reclamada para lo *subjetivo* —en su sentido fuerte: identitario y estructurador—, orientación plenamente confirmada en el siguiente, en el que Álvarez visita «La locura desde dentro: las enseñanzas inagotables de Paul Schreber». Es este otro capítulo importante que añade coherencia a todo lo anterior: dando la voz al juez loco, que no insensato, José M.<sup>a</sup> no se hurta al combate entre quienes privilegian los desenfocos del microscopio (o la neuroimagen) y los sesgos de la estadística, y quienes apuestan por arriesgarse a la clínica de la escucha y a la confrontación de significados con los casos

paradigmáticos. Su legítimo entusiasmo por el caso Schreber y los amplios conocimientos que desarrolla nos mueven a vaticinar –desde luego, a desear– una próxima monografía del autor sobre quien acertadamente califica como «nuestro profesor de psicosis». En las cincuenta páginas finales se recapitulan todas estas «Reflexiones sobre la psicosis a la luz de la clínica y de la historia». Álvarez aboga por una rehabilitación operativa de las ideas acerca de la psicosis única así como de la aportación clérambaultiana del «fenómeno elemental»; respecto a este último, resulta notable por enriquecedora la descripción fina de *la experiencia* de la certeza y *el axioma* de la certeza, testimoniando la agudeza del olfato clínico del autor. La revisión crítica de lo hasta hoy escrito sobre la fenomenología del delirio finaliza en una puesta en cuestión del superviviente concepto de esquizofrenia, para el que con razón se augura una nueva escisión a no mucho tardar.

*La invención de las enfermedades mentales* está llamada a ser una obra de obligada referencia, y añadiríamos incluso de consulta. No sólo porque nos acerque con excelencia a las obras e historiales clínicos de los clásicos, ni porque recupere su saber, siempre ruinoso y siempre duradero, y lo contraste inteligentemente con las conceptualizaciones más actuales, sino por ser en realidad casi un tratado abreviado de psicopatología, ese cimiento fundamental de la *paideia* psiquiátrica siempre amenazado por timoratos sometimientos a la *auctoritas* o por los más peligrosos reduccionismos de las escalas, cuestionarios y demás condimentos del *fast-food* mental de nuestros días. Parafraseando unas reflexiones de Hannah Arendt sobre las humanidades en la educación, creemos que por su naturaleza misma la psicopatología como disciplina

no puede ser ajena a la autoridad ni a la tradición, pero su praxis ocurre en un terreno no estructurado por ellas, el terreno de la clínica, y es ahí, según apunta acertadamente José M.<sup>a</sup> Álvarez, donde «bulle soberana, casi ajena, la experiencia concreta de la locura».

Ramón Esteban Arnáiz

W. MALTZ y S. BOSS, *El mundo íntimo de las fantasías sexuales femeninas. Un viaje de pasión, placer y autodescubrimiento*, Barcelona, Paidós, 1998.

La traductora y/o la editorial han hecho desaparecer el título original: «En el jardín del deseo», elevando el subtítulo a un primer término. De esta manera traicionan el respeto y la memoria con que las autoras recuerdan la obra de Nancy Friday *Mi Jardín Secreto. Una antología de las fantasías sexuales femeninas*, cuya traducción francesa he leído e ignoro si se encuentra en castellano. Este último libro de 1973 es de recomendación especial para las mujeres que tengan dificultades sexuales y que yo sólo he podido dejar a las que conocen a fondo la lengua de Molière; aun así coincido con la apreciación de las autoras acerca de esta obra cumbre de la sexualidad femenina.

Han pasado casi 30 años y se imponía una revisión y actualización de la fantasía sexual femenina, en libros que ni fueran escritos por hombres, ni significaran un estudio erudito y profundo de las fantasías de un analista que habla de oídas de un campo ajeno, el eterno misterio de lo femenino. La asociación de una psicoterapeuta sexual y de una periodista no parece en principio la mejor idea, para descubrir el

misterio de la feminidad. Sin embargo la pareja funciona, porque imprimen respeto, conocimiento, amenidad y sensibilidad en un tema harto complejo.

Más que explicar la fantasía sexual femenina, la muestran y lo hace de una forma pragmática, sencilla, clara y poética en algunos momentos. Realizan una original clasificación de las fantasías sexuales: Noveladas: Hermosa doncella, Víctima, Mujer Salvaje, *Dominatrix*, Amada y *Voyeur*. No Noveladas: Visual, referida a imágenes, Auditiva, referida a sonidos, Olfativa, referida a olores, Cinestésica, referida al movimiento del cuerpo y Gustativa, referida al sabor. Los ejemplos resultan esclarecedores y por medio de preguntas se adentran en el origen de las mismas, en su función de ayuda, las trampas que a veces suponen y los descubrimientos importantes que su exploración conlleva.

Proponen un sexoanálisis ilustrativo y describen la fantasía como una escena, lo que sorprende cuando sólo utilizan como recurso de exploración y análisis la fantasía guiada en vez de recurrir a técnicas psicodramáticas, que multipliquen su significado y esclarezcan ese mundo imaginario. Este fallo tal vez se debe a la carencia formativa de las autoras en dicho campo, por más que en el capítulo 7 –Exploraciones guiadas, describan el Teatro de la Mente como un auténtico Psicodrama Interno.

Un mérito no desdeñable es que responsabilizan a las mujeres de sus propios guiones, los cuales se encuentran enraizados en sus biografías y dentro de las mismas en su educación y experiencias. Este hecho sirve para comprender los efectos nefastos del abuso sexual, pero también señala los lineamientos básicos para la terapia.

La recitificación y cambio de las fantasías no deseadas requiere una estrategia

que es dividida con claridad en los siguientes pasos: 1. Profundizar en la fantasía. 2. Reducir la necesidad de la misma. 3. Desactivar la función de la fantasía no deseada. 4. Transformar la fantasía en una experiencia más positiva. Los ejemplos clarifican las tareas y señalan las diferencias entre el mundo fantasmático y real, pero lejos de sentirnos aprisionados por el primero, otorgan una sensación de libertad para disfrutar de un encuentro placentero, donde los dos miembros de la pareja se sienten libres para pedir lo que deseen y disfrutar del encuentro.

El respeto por la creatividad y espontaneidad, adecuación de las conductas a los problemas que se planteen, de las personas se muestra en los dos últimos capítulos. No establecen criterios rígidos acerca de compartir las fantasías sexuales con los amantes, ni el recato a todo trance, ni el exhibicionismo no demandado son los criterios a seguir. La adecuación al momento de la relación y a la respuesta del otro es la mejor guía y las respuestas estereotipadas no valen. Concluyen con un estímulo para la creación de nuevas fantasías favoritas que enriquezcan el repertorio y fomenten una mejor y más placentera respuesta sexual.

Se trata de un libro ameno, de lectura sencilla. Indispensable para los que deseen conocer las fantasías sexuales femeninas. Especialmente recomendado a los psicoterapeutas que traten trastornos sexuales y a las mujeres que los padecen. Ambos podrán trabajar mejor el pasionante mundo imaginario sexual femenino, a menudo tan reprimido que muchas mujeres consideran que no existe o, lo que es peor, que son incapaces de acceder a él.

A los que deseen conocer las fantasías sexuales del varón, todavía tengo que recomendar el libro de Nancy Friday, este sí tra-

ducido al castellano, *Sexo: Varón - Fantasías sexuales masculinas: El triunfo del amor sobre la violencia*, Barcelona, Argos Vergara, 1981. También el título original «Men in love» tiene poco que ver con el traducido «Sexo: Varón».

Finalmente dentro de los libros eróticos novelados destaca su aportación de fantasías diferenciadas para uno y otro sexo el libro de Alina Reyes (*Detrás de la Puerta*, Barcelona, Ediciones B, 1995), cuyo recorrido es elegido por el lector/a, siendo una mitad para los hombres y la otra para las mujeres.

José Antonio Espina Barrio

Edward SHORTER, *Historia de la Psiquiatría*, Barcelona, J&C Ediciones Médicas, 1999.

Desigual en sus fuentes e informaciones, muchas veces tendenciosa y otras inexacta, resulta en su conjunto esta prolija historia trabada por E. Shorter. Su título original, *A History of Psychiatry*, se ajusta sin duda más a su contenido, pues tanto las lindes geográficas y temporales que enmarcan el relato como la orientación que lo medula, tan cuajada de un pragmatismo insulso, circunscriben la mirada parcial contenida en este texto. Asimismo, el empeño del autor en soslayar cualquier reflexión filosófica y antropológica sobre la locura clásica y su transformación en enfermedades mentales, en desentenderse del fundamento psicopatológico de las categorías psiquiátricas, parece haber sido captado por el editor español al añadirle el esclarecedor subtítulo *Desde la época del manicomio a la era de la Fluoxetina*. Nos hallamos así ante una narración que se inicia «en los manicomios

del siglo XVIII y acaba en los tranquilos despachos privados de los médicos al finalizar el siglo XX» (p. VIII), una descripción que arranca con las creencias de los primeros psiquiatras en la base cerebral de la enfermedad mental y concluye con «el renovado triunfo de la primacía del cerebro»; tan sólo —parece decimos el autor— la emergencia del psicoanálisis viene lamentablemente a empañar con sus desvaríos tan unilateral y progresiva historia: «[...] hoy somos capaces de vislumbrar una perspectiva diferente, en la cual el psicoanálisis aparece no como el capítulo final sino como una interrupción, un *hiatus*» (p. 145).

Cientos de nombres, lugares, artículos y libros salpican las poco más de cuatrocientas páginas que componen los ocho capítulos de esta obra, cuyos títulos son nítidamente indicativos del sesgo antes apuntado: «El nacimiento de la psiquiatría», «La era del manicomio», «La primera psiquiatría biológica», «Nervios», «El *hiatus* psicoanalítico», «Alternativas», «La segunda psiquiatría biológica», «De Freud a la Fluoxetina». A pesar de tan cumplida retahíla de autores y referencias, no podemos por menos que notar algunas ausencias significativas ni sorprendernos tampoco de la ignorancia —o quizás petulancia— con la que se despachan algunas cuestiones que reclaman a diario la atención de numerosos clínicos e historiadores. Así, por ejemplo, nuestro bien amado Clérambault no halla lugar alguno en tan profuso índice onomástico; lo mismo puede decirse del magistrado Dr. Schreber, a menudo reconocido como el caso más célebre en la historia de la psiquiatría y del psicoanálisis, que es despachado fulminantemente en las páginas de Shorter con los términos que siguen: «[...] un jurista que parecía haber tenido neurosifilis y que estuvo ingresado en la clínica de

Flechsig [...]» (p. 80); tampoco la incuestionable obra de Henri Ey, uno de los más insignes psiquiatras europeos del presente siglo, merece a Shorter la más ínfima referencia. Gratamente acogemos, empero, la presencia de algunos autores menos celebrados en un buen número de historias actuales; en este sentido merecen ser destacadas la media docena de citas extraídas de las *Rhapsodien* de Johann Christian Reil, pionero en la planificación y organización de las instituciones psiquiátricas, y de entre todas ellas la que a continuación transcribimos respecto a las cualidades del buen psiquiatra: «Perspicacia, talento para la observación, inteligencia, buena voluntad, persistencia, paciencia, experiencia, físico imponente y un semblante que merezca respeto» (p. 17).

Shorter revisa el nacimiento de la psiquiatría privilegiando las contribuciones alemanas sobre cualesquiera otras –parece, en este sentido, manejarse a sus anchas con la literatura alemana y la inglesa, en especial la antología de alienistas germanos *Deutsche Irrenärzte* compilada entre 1921 y 1924 por Theodor Kirchhoff–, aireando los méritos de los primeros manicomios públicos y ensalzando sobremanera el papel desempeñado por las clínicas privadas –Foucault se dejar ver intermitentemente en esta historia en el papel de villano–, y analizando –ahora sí con los datos que precisa el investigador sagaz– las tradiciones, las normas administrativas, las distintas formaciones académicas de los especialistas y las políticas sanitarias que conformaron el panorama de los estados europeos.

Tal y como confiesa en su texto (p. 48), este autor se adscribe a la corriente de historiadores de la clínica mental que piensan que las enfermedades psiquiátricas son reales y que pueden variar su frecuencia

dependiendo de circunstancias sociales que afectan potencialmente a la mente y al cerebro. De esta manera se libra a una justificación del notable incremento de los ingresos en los asilos mentales a lo largo del siglo XIX alegando un crecimiento y una nueva redistribución de las enfermedades mentales. En su consideración, el hecho de que los manicomios de final del siglo contaran con un mayor número de internos se debió simple y llanamente al aumento de las enfermedades mentales, en particular la neurosífilis, el alcoholismo y la esquizofrenia; respecto a esta última, Shorter nos aporta una definición que resulta por sí misma harto indicativa de ese estilo superficial con el que se pasea de puntillas por los conceptos psicopatológicos: «Actualmente está claro que la esquizofrenia es una enfermedad del desarrollo del cerebro influenciada genéticamente, comenzando quizás en el útero o en un trauma del nacimiento dejando al cerebro del niño sin crecer adecuadamente [...]» (p. 61).

La *Historia de la Psiquiatría* de Shorter encumbra las contribuciones clásicas de los autores de lengua alemana así como el pragmatismo norteamericano. Los autores franceses, en cambio, salen una y otra vez mal parados. En «El desastre francés», título de uno de los epígrafes del texto, Charcot aparece tan ridiculizado que nos resulta difícil reconocerlo en algunos pasajes que el autor le dedica: cuando Francia «produce a alguien como Charcot, bastante falto de sentido común y con una grandiosidad en sus propios juicios, da abrigo al potencial para la calamidad» (p. 86); en los mismos términos («una calamidad») se perfila el retrato de Valentin Magnan, cuya obra clínica es reducida a cuatro apuntes esperpénticos sobre la degeneración. Fren-

te a los resentidos y orgullosos franceses, Shorter recrea la figura rutilante del gran Emil Kraepelin, a quien atribuye nada menos que una orientación bastante decantada hacia la psicogénesis, confundiendo así su ideología abiertamente organicista con la manifiesta decepción de los antiguos presupuestos anatomoclínicos. En este panorama de asentamiento de la psiquiatría biológica surge inicialmente el psicoanálisis y, posteriormente, se inician sus intentos de «invasión» del ámbito clínico psiquiátrico, culminando con la buena acogida que durante muchas décadas tuvo en Norteamérica. La teoría y la clínica freudianas aparecen descritas con todos los elementos que caracterizan las opiniones profanas más soliviantadas: el pansexualismo de Freud, sus caprichos y veleidades terapéuticas, la escasez de material clínico frente a los interesantes análisis del funcionamiento social, la impotencia terapéutica del análisis, etc. Shorter nos lanza una idea del psicoanálisis tan desvirtuada en su esencia que parece calcada de aquellas célebres palabras del alarmado profesor Konrad Rieger, quien temió a finales del pasado siglo que el psicoanálisis terminara por convertir a su ciencia en una «psiquiatría de viejas comadres».

Así y todo, el psicoanálisis encontró en los U.S.A. un terreno especialmente abonado para su implantación, siempre y cuando se podaran ciertas ramas molestas relativas a la sexualidad y se le injertara una orientación adaptativa al medio social, a la familia y a mundo laboral. Shorter sitúa su declive definitivo en el proceso de aceptación generalizada de los *D.S.M.*, «[...] diseñados para sacar a la psiquiatría de la ciénaga psicoanalítica [...]» (p. 305). Sin embargo, como bien acierta a apuntar en esta ocasión el autor, la caída en desgracia del psicoaná-

lisis contribuyó a amplificar la desinformación y la confusión psiquiátrica. De especial relevancia y envidia resultan las reflexiones sobre las luchas de intereses extraclínicos tendentes a incluir o excluir ciertas conductas en el catálogo de patologías de los *D.S.M.* «Pendientes del negocio», los psiquiatras propendieron a patologizar el comportamiento humano hasta límites inauditos; el precio que dicho proceso se ha cobrado se evidencia especialmente en una devaluación de la psicopatología. Pero eso a quién importa ya, cuando hoy en día existen fármacos como la Fluoxetina, patrocinador del libro de Shorter, capaces de remediar todos esos males que asolan al hombre de final de siglo. En fin, ¡qué hermoso sería si todo eso fuera así!

Consejo de Redacción (J. M.<sup>a</sup> A.)

Ángeles EGIDO, *Manuel Azaña. Entre el*

*II República (1931-1936)*— revela ya un interés por el pensamiento político internacional y por la dirección externa republicana, interés que luego se extiende en *Manuel Azaña: pensamiento y acción* (Alianza, 1996), con A. Alted y M. Mancebo, integrada en un grupo que está renovando la historiografía española sobre esa época dramática. A ello se une un libro de historia oral, ya redactado, sobre la emigración y el exilio basado en un testimonio directo: *Un republicano entre los nazis* o *Una biografía autorizada* será su título.

*Manuel Azaña. Entre el mito y la leyenda* es, como reconoce la historiadora, una revisión de la trayectoria de Azaña desde la perspectiva de una generación que han podido oír a sus padres hablar de él como de una persona viva que recibió durante el franquismo un trato insultante. La autora emplea la palabra *mito* dada la literatura, a veces muy oportunista, que ha generado Azaña. El conjunto de sus rigurosos trabajos debería contrapesar ese impúdico modo de apropiarse hoy de Lorca, de Max Aub o del mismo Azaña, por parte de quienes, paradójicamente, intentan con su acción diaria y sus juicios sectarios borrar la herencia republicana y también, sobre todo, el impulso democrático de los ochenta.

Egido pone en evidencia, en capas sucesivas de análisis, la gran categoría intelectual del escritor republicano, quien se hallaba en la tradición liberal española y participó además del espíritu crítico regeneracionista. Azaña aparece con un marcado europeísmo, como alguien ni anticlerical ni antimilitar, cuyo parcial elitismo (calificativo algo anacrónico) era inevitable dadas las circunstancias y restricciones políticas de la España de entonces. Siendo un demócrata profundo, radical en este sentido, Azaña habría confiado en las fuerzas

populares y apeló, por consiguiente, a una mayoría responsable, a un pueblo culto: de ahí su énfasis en la educación como una de las tareas fundamentales de la joven República (en nuestros ilustrados más notables se aprecia ese afán divulgador de raíz).

Vemos mejor, gracias a Egido, que a la inteligencia de Azaña no le repugnó escoger una trayectoria política, muy real, pero en la que tuviese cabida la creación del individuo. Pues él se hallaba muy lejos de la «voluntad esotérica», ajena a las instituciones, de muchos escritores de la primera fila de entonces. Y para entender los límites de su acción —como los de cualquier política del presente, hacia donde apunta el libro como buen trabajo historiográfico— hay que ver cómo él mismo señalaba los límites que supone de inmediato la aceptación de un puesto de gobierno, con independencia de sus inevitables errores, con vistas a una modernización española que tuvo que demorarse durante casi medio siglo. Este *Manuel Azaña*, muy extenso y magníficamente escrito y editado, destaca por su claridad, equilibrio de fuentes, respeto histórico y valentía en la valoración de esas controversias que siguen produciéndose en torno a una gran figura del siglo XX europeo. El libro se convertirá —se está convirtiendo— en una obra de referencia sobre nuestra memoria inmediata.

Consejo de Redacción (M. J.)

Carlos GARCÍA GUAL, *Sobre el descrédito de la literatura y otros avisos humanistas*, Barcelona, Península, 1999.

Puesto que este libro excelente trata de lecturas propias y ajenas, de posibles lectores y de la lectura en general, podemos empezar, para saludar su aparición, recor-

dando cuál fue el primer volumen de la Biblioteca Clásica Gredos, aparecido en 1977: la *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* de Pseudo Calístenes. Esta curiosa narración, que sigue las directrices de la biografía helenística, fue bellamente traducida y claramente prologada por García Gual; era la primera versión del griego de una obra muy difundida a finales de la Antigüedad, obra además «responsable» de la construcción del mito de Alejandro en la literatura occidental. Esa *lectura* de García Gual nos remite a dos viejos libros del autor, *Los orígenes de la novela* (Istmo, 1972), *Las primeras novelas europeas* (Istmo, 1974); pero también a otro dato relevante: que él es el asesor de la sección griega de esa gran empresa, impulsada por la editorial Gredos, que ha supuesto un verdadero hito en la cultura española de los últimos veinticinco años (la serie clásica sobrepasa ya, con creces, el cuarto de millar).

Estas primeras notas nos acercan a un buen número de rasgos que definen a este reconocido universitario, capaz de desarrollar un sinnúmero de iniciativas para mantener viva la lengua y la literatura griega. García Gual ha preparado ediciones de Esopo (*Fábulas y Vida*) o de Apolonio de Rodas (*El viaje de los Argonautas*) o de Caritón de Afrodiasias (*Quéreas y Calírroe*), por citar tres obras que también están cerca de sus intereses literarios; pero ello no quiere decir que su campo de acción se haya limitado al territorio más «novelesco» del legado antiguo: baste para comprobarlo con evocar su entrega de una difundida *Antología de la poesía lírica griega (siglos VII-IV)*, o sus versiones de Platón (*Fedón, Laques, Protágoras*), Aristóteles (*Política*), o de algunos *Tratados hipocráticos* («Sobre la ciencia médica», «Sobre el médico»,

«El pronóstico», «Sobre la dieta»), además de su introducción a todo este gran bloque medicinal, así como a la *Investigación de los animales* aristotélica, a las *Meditaciones* de Marco Aurelio o a las tragedias de Eurípides. Parte de su trabajo introductor se ha recogido recientemente en *Figuras helénicas y géneros literarios* (Mondadori, 1991).

Pues bien, en cierta medida, *Sobre el descrédito de la literatura* es una réplica universal a esta recopilación anterior, aunque sin duda es un libro que tiene otra armadura: es una suma de ensayos de interpretación cultural (concebidos la mayoría de ellos como extensos comentarios a libros recientes) que acaba configurando un ensayo general, un «aviso humanista», sobre cierto problema clave de la cultura mundial en este fin de siglo, el «eclipse de la Literatura», y ello sin olvidar los males de nuestro país en el campo de las humanidades.

No sé si Carlos García Gual se reconocería en la estela de los cinco ensayos, escritos entre 1942 y 1946, agrupados en *El defensor* de Pedro Salinas, pues su experiencia vital y su formación son muy disímiles a las del poeta exiliado. De todos modos, los pasajes iniciales de su texto nos evocan en algún momento la experiencia americana de Salinas, quien, tras la constatación de que «son muchos» los libros que nos desconciertan y tras su comentario a esa manía anglosajona de ofrecer un *canon de lectura*, nos habló simplemente de «educar para leer y leer para educar». García Gual, cincuenta años más tarde, arranca de otras indagaciones vigorosas de hoy –las recientes *Historias de la lectura*–, de problemas entonces inexistentes –del futuro del libro como soporte cultural–, así como de una reciente secuencia de escritos de

## LIBROS

interpretación del presente –*El canon occidental* de H. Bloom; *Los grandes libros*, de D. Demby; *El cierre de la mente moderna*, de A. Bloom; *Cultivating Humanity*, de M. Nussbaum; *The Death of Literature*, de A. Kernan–, redactados en lengua inglesa.

Efectivamente, casi un tercio del libro está formado por cuatro capítulos de crítica radical a las tendencias dominantes, y sus títulos denuncian sin ambages una situación límite: «El debate de las humanidades», «Sobre la degradación de la enseñanza universitaria» (problema que siempre ha preocupado al autor), «El eclipse de la literatura» y, por fin, «Sobre el descrédito de la literatura», que es el motivo nuclear del volumen que lleva ese mismo rótulo. García Gual –defensor de los amigos de la memoria y de la imaginación narrativa, de una tradición no tradicionalista, de una acomodación sentimental al mundo ajena a todo nacionalismo, de los grandes autores y de la crítica literaria al estilo antiguo–, diagnostica que nos encontramos más en una turbia Edad Media tardía que en un mediano, ya que no fértil, Humanismo: las *palabras*, que constituyen «la materia esencial de la literatura», se ven hoy cada vez más desplazadas, no sin violencia directa o indirecta.

Pero nada mejor que luchar contra el *descrédito de la literatura* que leer apasionadamente y transmitir con claro pensamiento y con expresión literaria no menos clara la experiencia acumulada de lecturas, la variedad de lazos de unión entre personajes y acciones distantes en el tiempo, de pistas temáticas más o menos convergentes, de actualizaciones literarias que pueda evocar un libro antiguo o nuevo, una figura del pasado, real o ficticia. Si García Gual entiende la literatura como una reinterpretación y rememoración de unos cuantos

temas, de unos cuantos mitos y figuras, precisamente esa actualización es la que le ha preocupado en todos sus libros –desde *Prometeo, mito y tragedia* (Hiperión, 1979), hasta *La Antigüedad novelada. Las novelas históricas sobre el mundo griego y romano* (Anagrama, 1995)–, y constituye la espina dorsal de las páginas restantes. Pues este nuevo libro está lleno de sorpresas, producto de un lector infatigable y de intereses muy vastos, que apelan a ese gran universo literario que quiere defender. Sus páginas nos remiten a los ya muy abundantes escritos de García Gual, que sin duda han dado siempre amplio *crédito* a la literatura.

De antemano, en «Los encantos de la mitología griega» García Gual puede seguir tanto a un escritor italiano, Calasso, como a unos agudos investigadores, Sissa y Detienne, para recordarnos que los sentidos del *mythos* pueden albergar todavía muchas «sugerencias y advertencias sobre nosotros mismos». García Gual no ha olvidado esta fuerza mítica inveterada que él ha abordado, por diversas vías, a lo largo de veinte años, en *Mitos, viajes y héroes* (Taurus, 1981); en *La mitología. Interpretaciones del pensamiento mítico* (Montesinos, 1987) o la *Introducción a la mitología griega* (Alianza, 1992); y recientemente en su *Diccionario de mitos* (Planeta, 1997) en donde sobre todo nos ofrece una galería de personajes y relatos memorables, a fin de enfrentarnos mejor con ese «terror al vacío» del que hablaba Blumenberg. En otro orden de cosas, el recuerdo de la fabulación novelesca está en «El epicureísmo de La Fontaine y la moral de las fábulas», título que nos evoca su monografía sobre *Epicuro* (Alianza, 1981), así como, sobre todo, su reciente *El zorro y el cuervo* (Alianza, 1995).

Por otra parte, en «Fantasmas femeninos de la Grecia antigua», García Gual hace un balance de algunos de los muchos libros que, en estos años, se han escrito sobre el mundo de la mujer (p. ej., Loraux, Iriarte, Sissa, Mossé, Devereux). Un atento lector como él no podía dejar de ver, como algo más de un signo de nuestro tiempo, que la revolución de la mujer es uno de los pocos logros del presente. Muchas mujeres anónimas se unen aquí a las cinco nominadas en sus *Audacias femeninas* (Nerea, 1991), o a las dos cuyas vivencias se recuerdan ahora en otros dos capítulos excelentes: «El asesinato de Hipatia» y «Acerca de *Cassandra* de Christa Wolf». Ya la científica-mártir, Hipatia de Alejandría, aparecía en *La Antigüedad novelada*, ensayo al que remiten también varias de las nuevas observaciones del autor, en «Novela histórica y biografía apologética» o en «Propaganda imperial y afán de eternidad».

Por lo demás, la diversidad cultural, centro de atención de una parte del último pensamiento se halla asimismo ejemplarizada en su rico capítulo sobre «La utilidad de los bárbaros»: E. Hall, A. Pagden, y más lejos el gran A. Momigliano están en el horizonte intelectual abierto por quienes abordan lo ajeno, lo extraño, lo bárbaro, y donde el implacable Aristóteles de la *Política* se ve confrontado con la tolerancia de Heródoto (¿cuándo se traducirá *El espejo de Heródoto*, de F. Hartog, libro también, entre otros muchos, evocado aquí?).

Por último, García Gual dedica amplios apartados a Cioran y Borges, dos grandes lectores que tanto han escrito sobre lecturas personales (y, a la vez, necesarias), por encima de esos cánones literarios que han intentado implantarse últimamente. Y asimismo reseña *Por qué leer a los clásicos* —«un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir», decía ahí Italo Calvino— para hacer la apología de una lectura en verdad *universal*: habla sin duda García Gual de los grecolatinos y de los clásicos europeos, «una familia numerosa», así como de «sus primos americanos», pero añade de inmediato que «tendríamos que integrar a otros, asiáticos y africanos, labor difícil y todavía por hacer». Pues todos ellos merecen nuestra *simpatía* en el sentido originario del término: son voces amigas, vivaces e incancelables.

La auténtica lectura, aunque se cultive gracias a nuestros lazos de reconocimiento y afecto hacia los demás, apela siempre a nuestra libertad individual. «La única defensa es no dejarse asimilar»: esta frase de Marco Aurelio aparece reproducida en la obertura a *Sobre el descrédito de la literatura y otros avisos humanistas*, y explica por sí misma el sentido de este libro generoso de Carlos García Gual. Convendría difundirlo en todos los ámbitos públicos o privados del saber.

Mauricio Jalón

## UN DICCIONARIO DE LOCOS

Fresca aún la tinta de *El caso Wagner* editado por la AEN, aparece en el mercado otra impactante historia en que la locura y el crimen comparten protagonismo con la pasión por las palabras. Obra del periodista norteamericano Simon Winchester, habitual de las páginas de *The Guardian*, el libro mereció un extenso comentario de John Gross, crítico de la influyente *The New York Review of Books*<sup>1</sup>, y a este lado del Atlántico se colocó rápidamente a la cabeza de los más vendidos en la lista del *London Times* durante 1998. Narrada con un ágil estilo que ya ha llamado la atención de la industria cinematográfica (el realizador francés Luc Besson –*El gran azul*, *Nikita*, *El quinto elemento*– ha adquirido los derechos de filmación), Winchester relata una de las más curiosas anécdotas surgidas durante la elaboración del *Oxford English Dictionary*, monumental obra que pretendió –y en la práctica consiguió en su momento– catalogar y definir documentada e históricamente todas las palabras del idioma inglés. En su elaboración, que se extendió tomo a tomo desde 1857 hasta 1933, tuvieron que ver los más influyentes y extravagantes personajes de la cultura, la política y los negocios editoriales de la Gran Bretaña victoriana, conjunción de idiosincrasias, intereses y circunstancias históricas que no ha dejado de fascinar a los lexicógrafos e historiadores estudiosos de la gestación del *OED*. Pero casi todos éstos han convenido en que quizá la más extraordinaria de esas aportaciones fue la realizada por William Chester Minor, médico norteamericano, loco y convicto de

por vida en un psiquiátrico penitenciario londinense. *El profesor y el loco*, editado en castellano por Debate en marzo de 1999, desgrana en sus páginas la red de casualidades que produjeron el encuentro del delirante Dr. Minor, pensionista del Ejército de la Unión, con James Murray, humilde maestro escocés que fue escalando a pulso los peldaños de la erudición académica y recibió finalmente el título de *sir* por coordinar la obra estandarte del idioma del Imperio, honor que seguramente le hubiese costado aún más tiempo alcanzar si previamente no se hubiera producido otro encuentro, éste con trágico desenlace, entre Minor y George Merret, fogonero de una fábrica de cerveza, quien la noche del 17 de febrero de 1872 cruzaba las calles del depauperado suburbio de Lambeth rumbo a su trabajo cuando fue abatido a pistolazos por el alucinado doctor.

William Chester Minor había nacido en Manepay, aldea de la costa oeste de la isla de Ceilán (hoy Sri Lanka), en junio de 1834. Sus padres, aristocráticos impresores descendientes de uno de los primeros ingleses que colonizaron los Estados Unidos, habían abandonado su tierra natal para dedicarse a predicar en Oriente su devoción por la Iglesia Congregacionista. Poco después de nacer una niña y cuando el pequeño William contaba tres años de edad, muere la madre enferma de tuberculosis. Tras un conveniente luto de dos años el padre viaja con William hasta Singapur, donde conoce a una atractiva huérfana neoyorquina que se desposa con él y les acompaña en su regreso a la Misión. De los seis hermanastros de William, dos varones mueren en la primera infancia y otra niña a los ocho años de edad. Tras tan ominosa niñez alcanza la pubertad, pero sus padres se alarman ante su interés adolescente por obser-

<sup>1</sup> Una traducción del comentario de Gross, con el título «El caso del lexicógrafo loco», puede encontrarse en *Revista de Occidente*, n.º 214, marzo 1999, pp. 94-106.

var a las jóvenes nativas que, sin pudores baptistas, transitan desnudas desde la playa a la aldea, y le envían de vuelta a los Estados Unidos a casa de sus tíos. El propio William declararía años más tarde que las jovencitas cingalesas poblaron desde entonces su mente con «pensamientos lascivos», pero que nunca –ni cuando se sintió «ferozmente atraído» por una honorable señorita occidental durante su travesía rumbo a U.S.A.– había consentido en gratificarse «de una forma antinatural». Las «perversas maquinaciones», como él las llamó, y el rechazo a la masturbación le persiguieron después para siempre, pero aún incipientes en su juventud no le impidieron abordar con entusiasmo su nueva vida académica.

Tras una escala en Londres llega a América para completar su formación. Posee de antemano una cultura considerable: la bien nutrida biblioteca paterna y el sistema de enseñanza de la Misión han dejado buen poso en él; es un infatigable lector de libros y periódicos; además, habla cingalés, birmano, hindí, tamil y un puñado de dialectos chinos. No es raro que sea admitido en Yale, donde cursa Medicina licenciándose en 1863, en plena Guerra de Secesión. La lectura de las crónicas bélicas prende en su carácter romántico y se alista como médico en el Ejército de la Unión, donde su temperamento sensible y educado y su misión humanitaria promueven el rechazo burlón de los oficiales de combate. En 1864, envuelto en uno de los más sangrientos episodios de la guerra, la batalla de Wilderness, es obligado por el mando a marcar en la cara con un hierro al rojo a un desertor de origen irlandés. El joven Dr. Minor pagaría caro haberse tragado su repugnancia ante el temor de transgredir la obediencia debida: en muy poco tiempo su carácter cambia, se hace huraño, irascible,

y comienza a llevar armas incluso fuera de servicio: teme que los irlandeses quieran vengar al soldado que desfiguró. Asiduo huésped de los prostíbulos más infectos, llega a hacer planes para casarse con una mujer dudosa cuya madre deshace el compromiso al percibir algo raro en el elegante pretendiente. Poco después es ascendido a capitán médico por su competencia profesional, pero los informes de sus superiores no dejarán nunca de mencionar su «carácter anormal», produciéndose una serie de cambios de destino, desde el más duro (una epidemia de cólera) al más humillante (un fuerte semiabandonado y sin dotación). Allí empeora hasta el punto de desafiar a duelo a uno de sus mejores amigos entre la oficialidad, a quien acusa de querer perjudicarlo. En 1868, cuatro años después de Wilderness, sufre dolores de cabeza que le mueven a consultar, revelando los informes médicos una suerte de «monomanía suicida y homicida» con ideas persecutorias («los irlandeses», «las clases bajas») y de influencia (se le obliga a hacer obscenidades por la noche), alucinaciones visuales y cenestopáticas. Pese a sentirse por ello avergonzado, él mismo pidió ingresar en el único manicomio militar que entonces existía en U.S.A., el Hospital Estatal para Dementes de Washington D.C., hoy Saint Elizabeth Hospital<sup>2</sup>. Tras dieciocho meses de estancia, e interpretando su patología como causada por sus duras experiencias bélicas, un consejo militar le declara «herido de guerra» e incapacitado para el servicio «por causas aparecidas en el cumplimiento del deber». Como oficial retirado conservaría su paga de por vida. En octubre

<sup>2</sup> Otros pacientes célebres del St. Elizabeth fueron más tarde Ezra Pound y también John Hinckley, el hombre que intentó matar al presidente Reagan.

de 1871 embarca hacia Londres con el propósito de descansar viajando por Europa, frecuentando los círculos intelectuales, pintando acuarelas y leyendo.

Ya en Londres su patología recidiva. Pronto se muda al desaconsejable barrio de Lambeth, frecuenta prostitutas y denuncia a la Policía las persecuciones e intentos de envenenamiento a que «los irlandeses» le someten cuando duerme. En pos de una de sus alucinaciones, la noche del 17 de febrero de 1872, enmascarado y portando una porra, un cuchillo y un revólver, mata al inocente Merret «por error», como confesará a los agentes de Scotland Yard a los que se entrega sin resistencia. Declarado «no culpable» por enajenación mental, es condenado a ser «retenido en custodia» en Broadmoor, «Asilo para Criminales Lunáticos» cercano a la capital, «hasta en tanto se conozca voluntad contraria de Su Majestad», fórmula que significaba el encierro de por vida. Una vez allí, su nacionalidad, sus buenos modales, su cultura y su dinero le granjean la benevolencia de los sucesivos directores, quizá influidos por las ideas del «tratamiento moral». En sus dos habitaciones pasará los días dedicado a sus acuarelas y, sobre todo, a los cientos de libros y revistas que va adquiriendo, pero por las noches es presa de sus delirios: le dañan, le envenenan, le obligan a ceder a la lascivia e incluso le trasladan a remotos países para practicar allí, contra su voluntad, las mayores aberraciones sexuales. Se avergüenza tanto de sí mismo que en 1876 llega a ofrecer dinero a otro enfermo para que le mate.

Pero las vueltas que da el destino, la atracción del horror o, más prosaicamente, el afán de supervivencia, mueven a la viuda de su víctima a visitarle en respuesta a una carta que el propio Minor le escribe en 1879, siete años después del crimen, para

pedirle perdón en persona (tanto Minor como su familia y la embajada de los Estados Unidos habían estado ayudando económicamente a la señora Merrett y a sus siete hijos). Durante unos meses ella será quien le traiga los libros que el enfermo, exasperado por la lentitud del correo, desea acuciantemente recibir. En uno de esos paquetes encontró un ejemplar del folleto en que James Murray, en nombre de la Sociedad Filológica de Londres, pedía la colaboración desinteresada de cualquier lector anglosajón que quisiese aportar citas bibliográficas destinadas a documentar históricamente y definir *toda* la lengua inglesa. Poco después empiezan a destacar entre las cartas recibidas por los ayudantes de Murray las muy numerosas de un doctor que les adjunta valiosos ejemplos del material requerido. Sus envíos se hacen más y más frecuentes, poniendo de manifiesto tal depuración de su personal método de búsqueda que le coloca en condiciones de trabajar de igual a igual, aunque a distancia, con el equipo de filólogos del *OED*. Así, tras una década de reclusión sin apenas contactos con el exterior, Minor recibe su credencial acreditativa como integrante de un proyecto monumental que pretende fijar científicamente la lengua entonces portadora de la civilización por todos los confines del mundo, aunque él siga encerrado. Durante una larga temporada las notas de sus celadores muestran el cambio positivo que se opera en el paciente, pero hacia 1884 comienzan los altibajos: teme ahora que sus libros ardan pasto de misteriosas llamas surgidas del suelo; de noche alguien manipula y «mutila» sus vestidos volúmenes. En los cinco años siguientes su colaboración decae a temporadas pero sigue siendo muy importante. Hacia 1890 y casi por azar, el circunspecto profesor

Murray conoce por un tercero la identidad real del corresponsal a quien todos habían tomado por un erudito doctor, quizá alienista de un asilo en la campiña «y con mucho tiempo libre». Movido a compasión acude a Broadmoor a visitarle, estableciéndose desde entonces entre ambos hombres una curiosa corriente de respetuoso afecto y continuando cada cual en su puesto la faraónica misión lexicográfica a que, por motivos quizá no tan distintos en el fondo, se sienten vinculados. Durante varios años Murray sigue visitándole y será casi la única persona ajena al manicomio con la que Minor acceda a hablar.

Largo y difícil había sido también el camino seguido por James Murray hasta acceder a la coordinación del *Diccionario* que propició su encuentro con el médico loco. Nacido en 1837 e hijo mayor de un modesto sastre de Hawick, pueblo de la frontera escocesa, James fue un niño serio y precoz que se vio obligado a dejar la escuela a los catorce años, no sin antes estampar en la portada de sus cuadernos, y en latín, lemas tales como «Conocimiento es poder» o «Nada hay superior a una vida diligente». Su ánimo curioso le movió a intentar enseñar a las vacas del pueblo a obedecer órdenes en latín, dando traducción simultánea a los gritos proferidos en escocés por sus convecinos. A los quince sabía además francés, alemán, italiano y griego, siendo un buen hablante del romaní aprendido con los gitanos que atravesaban la comarca. Simultaneadas con pequeños trabajos para ayudar a su familia, la geología, la botánica, la historia, geografía, astronomía, arqueología y un largo etcétera pronto formaron parte sólida de su equipamiento autodidacta. No contento con escribir sus reflexiones y ensayos de toda índole, aprendió a encuadernarlos e ilustrarlos

con iluminaciones y caligrafías al modo medieval (en una de sus autoediciones recoge su intento de inventar un flotador a base de nenúfares, ya que no había tenido tiempo de aprender a nadar, experimento fallido que casi cuesta la vida a persona tan seria, salvada por sus amigos al arrojarle el extremo de una corbata desde la orilla del río). Con este bagaje no es raro que, sin titulación, el Ayuntamiento le pusiese al frente de la escuela local a los diecisiete años, y tres más tarde ya dirigía una academia de mayor importancia destacando también en la Sociedad Literaria y Filosófica regional. Casado a los veinticinco, la muerte prematura de su hija y la tuberculosis de su esposa le obligan a trasladarse a Londres huyendo de los fríos inviernos escoceses. Allí debe trabajar en un gris empleo bancario, pero se consuela estudiando indostaní y persa aprovechando el trayecto a su trabajo, investigando sobre fonética y dando conferencias, y durante la inevitable agonía de su esposa no deja de anotar que la moribunda abandona el *cockney* londinense para expresar sus quejas en la variante del *scottish* que fue su lengua materna. Vuelve a casarse un año después con una cultivada señorita y de este ya largo matrimonio nacerán once hijos.

Pero la vitalidad del peculiar James Murray no iba a colmarse sólo con la paternidad. En 1867 solicita empleo en el Museo Británico. Tenía entonces treinta años. No nos resistimos a reproducir un fragmento de la carta-curriculum que envió, pues precisamente por ser enteramente cierta parece dar clara idea de que Murray, en un sentido, si se quiere, metaclínico, era *un loco*: «Dejo constancia de que la filología, tanto comparada como específica, ha sido mi principal pasión durante toda la vida, y de que poseo un conocimiento general de las len-

guas y las literaturas arias y sirioárabes, lo que no quiere decir que esté familiarizado con todas o casi todas ellas, sino que cuento con los rudimentos léxicos y estructurales necesarios para adquirir un conocimiento más profundo con un poco de dedicación. Estoy más versado en otras lenguas, como las románicas, el italiano, el francés, el catalán, el español, el latín y, en menor medida, el portugués, el *vaudois*, el provenzal y diversos dialectos. En la rama de las lenguas teutónicas, tengo buenos conocimientos de holandés (mi empleo me exige leer correspondencia en holandés, alemán, francés y ocasionalmente en otras lenguas), flamenco, alemán y danés. Mis estudios del anglosajón y mesogótico han sido mucho más intensivos, y he escrito algunos trabajos sobre estas lenguas con intención de publicarlos. Sé un poco de celta y, tras adquirir conocimientos rudimentarios de ruso, en la actualidad he comenzado a estudiar esloveno. Conozco el persa, el cuneiforme de la dinastía aqueménida y el sánscrito lo suficiente como para cubrir las exigencias de la filología comparada. Tengo suficientes conocimientos de hebreo y siríaco como para leer a primera vista el Antiguo Testamento y la Peshitta; y, en menor grado, de árabe, arameo, copto y fenicio, hacia el punto en que fue dejado por Genesio»<sup>3</sup>. (Páginas después, Winchester escribe que los ingleses «habían elevado la excentricidad y la falta de organización a la categoría de arte sublime, y situado la incoherencia en un pedestal». Aunque resulte difícil llevarle la contraria en un primer tiempo, más difícil resulta negar el genio que habitaba la extravagancia fecunda de Murray y de muchos de sus compatriotas

coetáneos, a la vista de sus logros. Quizá estos aspectos positivos de lo que hemos llamado aquí *locura* –pero que podríamos nombrar también como *diferencia*– sean los que más cuesta aprehender tanto a profanos como a psicopatólogos, y lo que estos últimos peor han estudiado).

El Museo no le contrató, pero poco después dos amigos le propusieron como socio a la Sociedad Filológica de Londres y en 1869 ya formaba parte de su directiva. En 1873 deja el banco y vuelve a la enseñanza. Sus publicaciones le ganan el reconocimiento de los académicos; el profesor Furnivall, polígrafo y mujeriego *sportman* que no había sido capaz de hacer avanzar el proyecto del diccionario, le pasa el testigo y le pone en contacto con la cúpula decisoria de la Oxford University Press, que se aviene a auspiciar y explotar el colosal propósito. Desde entonces hasta su muerte en 1915, las energías de Murray encontraron el ancho cauce que merecían, y aunque no pudo ver el final de la obra pues murió poco después de acabar la letra T, obtuvo en vida y para la posteridad la gloria que a sus cualidades era debida.

Dejemos aparte los avatares que fueron dilatando la finalización del «Gran Diccionario» y volvamos a las celdas del Dr. Minor. Pese a los sucesivos reconocimientos de su continua labor, que Murray siempre se encargó de hacer figurar por escrito en los primeros tomos dados a la imprenta, y pese a las frecuentes visitas que el lexicógrafo le hizo en Broadmoor, la enfermedad del norteamericano no se detuvo. En 1900 murió su madrastra, que había velado sin descanso por él, y en 1901 su compatriota Fitzedward Hall, el único colaborador que le superó en cuanto al número de aportaciones al *OED* y con quien mantenía una intensa relación epistolar. Hacia 1902 las

<sup>3</sup> Ver la obra que comentamos: WINCHESTER, S., *El profesor loco*, Madrid, Debate, 1999, pp. 51-52.

condiciones de su encierro sufren crueles cambios de la mano de un nuevo director, el Dr. Brayn, quien le priva primero de sus habitaciones y después le confisca los libros<sup>4</sup>. El «complot de los irlandeses» pierde algo de fuerza pero se ve complementado por alucinaciones paidofílicas homo y heterosexuales que se añaden a su tortura nocturna. Ateo desde su juventud, experimenta tardíos sentimientos religiosos que acrecientan su culpa y generan la idea de redimirse mediante alguna expiación. Ateizado por su malestar, una mañana al despertarse se aplica un torniquete en el pene seccionándose después con su abrecartas, previamente afilado en una piedra. Arroja a la chimenea su órgano mutilado, busca a sus celadores y les ordena: «¡Llaman al oficial médico de inmediato! ¡Me he hecho daño!». Adelantemos que su emasculación no le proporcionó la paz que buscaba ni movió a la piedad al director. A los sesenta y ocho años inicia un declive psicofísico del que es consciente, durante el que sus cartas a todo tipo de instancias diplomáticas, las gestiones de Murray y otros eruditos, y las del entonces Secretario de Interior, Winston Churchill, consiguen en 1910 la autorización para ser repatriado... a su primer manicomio: St. Elizabeth. Las visi-

tas de sus hermanos y sobrinos alternan con recrudescimientos de sus alucinaciones paidofílicas, se siente objeto de sodomía, de noche le roban cosas, etc. Durante el día sufre una evidente merma de sus funciones cognitivas, y la percepción de su demencia atormenta a este intelectual quizá como nunca lo hizo la psicosis. En 1919 un sobrino consigue que le trasladen a una residencia para ancianos dementes, de régimen más libre que el militar de St. Elizabeth. Poco disfrutó de sus paseos por el campo: una bronconeumonía adquirida durante uno de ellos termina con su vida el 26 de marzo de 1920. De sus ochenta y cinco años había pasado más de cincuenta encerrado.

Entre los ejemplos conocidos de lo que puede ocurrir cuando cordura y locura actúan juntas –si es que no lo hacen siempre, en cada sujeto– es realmente difícil no dejarse seducir por esta historia, de la cual el horror no es un mero corifeo. Winchester la cuenta endiabladamente bien cuando su pluma obedece a sus cualidades de periodista: los recursos estructurales de la novela más amena se conjugan con la excelente labor investigadora de un hábil divulgador. Falla sin embargo estrepitosamente cuando deja de narrar los hechos y se dedica a excursos sobre nosología psiquiátrica o trata de aleccionar al lector sobre los complejos preceptos de la lexicografía, evidenciándose que no los conoce bien. Pero son defectos perdonables en un libro que se lee de un tirón y pese a ellos, conservando su brillantez y proporcionando suficientes datos como para que quien se sienta atraído pueda ampliar la información sobre el loco Minor, el diligente Murray y las decenas de extravagantes victorianos que elaboraron letra a letra el *OED*.

<sup>4</sup> No deja de ser curioso que los dos más fecundos colaboradores del *Diccionario de Oxford* fuesen americanos. Las semejanzas entre ambos no terminan ahí: tras un accidentado viaje por Oriente, una época de catedrático de sánscrito en Benarés y otra de fusilero en el Ejército británico, Hall se había establecido en Inglaterra, donde su carácter agresivo causó tan serios enfrentamientos académicos que se retiró al campo, convencido de que los ingleses profesaban «un odio diabólico» contra los norteamericanos y además acosaban a su mujer. Desde su retiro voluntario y sin dejar nunca Gran Bretaña, fue verdaderamente en muchos aspectos imagen especular de Minor. Ver WINCHESTER, S., *op. cit.*, pp. 186 y ss.

## INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA (Novedades diciembre 98/mayo 99)

Agradecemos la colaboración de *XOROI LIBRERÍA. C/ Berlinés, n.º 20. 08022 Barcelona.*

### PSIQUIATRÍA

- ÁLVAREZ, J. M.<sup>a</sup>, *La invención de las enfermedades mentales*, Madrid, Dorsa, 1999.  
COLODRON, A., *Cinco conferencias sobre la esquizofrenia*, Madrid, Triacastela, 1999.  
FUENTE, R. de la, *La patología mental y su terapéutica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.  
LEDoux, J., *El cerebro emocional*, Barcelona, Ariel, 1999.  
SÁIZ, J., *Esquizofrenia. Enfermedad del cerebro y reto social*, Barcelona, Masson, 1999.  
VIETA, E., *Abordaje actual de los trastornos bipolares*, Barcelona, Masson, 1999.

### PSICOANÁLISIS

- AGUIJAR, J.; OLIVA, M.<sup>a</sup> V.; MARZANI, C. (eds.), *L'entrevista psicoanalítica*, Barcelona, Columna, 1999.  
ANUARIO IBÉRICO DE PSICOANÁLISIS, V., *Interpretación de la violencia, violencia de la interpretación en la sesión psicoanalítica*, Barcelona, SPP-SEP-APM, 1998.  
ARENAS, G. E., *Estructura lógica de la interpretación*, Buenos Aires, Atuel-Anáfora, 1998.  
ATHANASSIOU-POPESCO, C., *La defensa maniaca*, Madrid, Biblioteca Nueva-APM, 1999.  
AUTORES VARIOS, *Mujer y salud mental. Reflexiones y experiencias*, Barcelona, C.O.P./C.H.MC., 1999.  
AUTORES VARIOS, *La angustia y la cura psicoanalítica*, Valencia, Jornadas de Clínica Psicoanalítica, 1999.  
BARREDO, C.; DUJOVNE, J.; PUALICCI, O.; RODRÍGUEZ, D., *La misteriosa desaparición de la neurosis*, Buenos Aires, Letra Viva, 1998.  
BRUN, D., *La novela familiar del neurótico*, Barcelona, P.A.U., 1999.  
CAPARRÓS, N., *Del narcisismo a la subjetividad: el vínculo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.  
CAZENAVE, L., y otros, *Infancia-Pubertad. Una práctica psicoanalítica con el obstáculo*, Buenos Aires, Labrado, 1998.  
CHABERT, C., *Didier Anzieu. Vida y pensamiento psicoanalítico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.  
CHILAND, C., *Cambiar de sexo*, Madrid, Biblioteca Nueva-APM, 1999.  
CORDIÉ, A., *Malestar en el docente. La educación confrontada con el psicoanálisis*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1998.  
COSTACALDE, A., y otros, *Hacerse psicoanálisis. Las formaciones de lo inconsciente*, Madrid, Alianza, 1999.  
DAVID-MENARD, M., *Las construcciones de lo universal. Psicoanálisis y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

- DECKER, H. S., *Freud, Dora y la Viena de 1900*, Madrid, APM-Biblioteca Nueva, 1999.
- DIDIER-WEILL, A., *Invocaciones, Dionisos, Moisés, San Pablo y Freud*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.
- DIDIER-WEILL, A., *Freud: relación con el judaísmo, el cristianismo y el helenismo*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1998.
- DORA MEDINA, R. (comp.), *Divergencias en la Unidad*, Buenos Aires, Lumen, 1997.
- DUPARC, F., *Andrée Green. Vida y pensamiento psicoanalítico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- EVANS, D., *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- GREEN, A., *La metapsicología revisitada*, Buenos Aires, Eudeba, 1996.
- GREEN, A., *El discurso vivo*, Valencia, Promolibro, 1998.
- GUIMÓN, J., *Los lugares del cuerpo*, Barcelona, Paidós-Fundació Vida i Barraquer, 1999.
- HUBERMAN, C.; RODRÍGUEZ, A., *Observación de Lactantes*, Buenos Aires, Kargieman, 1997.
- IRIGAY, L., *Ser dos*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- KAHR, B., *Donald Woods Winnicott. Retrato y biografía*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- KRISTEVA, J., *Sol negro*, Caracas, Monte Ávila, 1997.
- LACHAUD, D., *El infierno del deber*, Barcelona, Serbal, 1999.
- LAUFER, M., *El adolescente suicida*, Madrid, Biblioteca Nueva-APM, 1999.
- MARTÍNEZ LAPUENTE, J. E., *Deseo y palabra poética*, Barcelona, Seuba, 1999.
- MELTZER, D.; HARRIS, M., *Adolescencias*, Buenos Aires, Spatia, 1999.
- MILLER, J. A., *La transferencia negativa. Seminario sobre Política de la transferencia*, Barcelona, ECFB, 1999.
- MONTEVERDE, H., *Retazos de un psicoanálisis*, Málaga, 1998.
- PÉREZ SÁNCHEZ, M., *Método de observación Bick*, Valencia, Promolibro, 1998.
- POISSONNIER, D., *La pulsión de muerte. De Freud a Lacan*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.
- PUEYO, J. M., *La histeria. Del discurso del amo al discurso del psicoanalista*, Girona, Novamar, 1999.
- QUARTIER-FRINGS, F., *René Diattkine. Vida y pensamiento psicoanalítico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- RANK, O., *Hamlet, Don Juan y el Psicoanálisis*, Buenos Aires, Letra Viva, 1997.
- RASSIAL, J. J., *El pasaje adolescente*, Barcelona, Serbal, 1999.
- ROUDINESCO, E.; PLON, M., *Diccionario del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- RUBÍ, M.<sup>a</sup> L., *Psicoanálisis e identidad de género*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.
- SPECTOR, E.; HAGELIN, A.; FONAGY, P. (eds.), *En torno a Freud. «Observaciones sobre el amor de transferencia»*, Madrid, Biblioteca Nueva-APM, 1999.
- VEGH, I., *Hacia una clínica de lo real*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- WINNICOTT, D. W., *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1998.
- ZIZEK, S., *Porque no saben lo que hacen. El goce como un factor político*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

## PSICOLOGÍA

- BELITZ, CH.; LUNDSTROM, M., *Conectar con el fluir de la vida*, Madrid, EDAF, 1999.
- BRADDOCK, C. J., *Las voces del cuerpo*, Bilbao, Desclée de Brouwers, 1999.
- BROWN, R., *Prejuicio. Su psicología social*, Madrid, Alianza, 1999.
- BROWNE, J., *Las nueve fantasías que pueden arruinar su vida*, Madrid, EDAF, 1999.
- CASULLO, M. M., *Adolescentes en riesgo*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- DRAAISMA, D., *Las metáforas de la memoria. Una historia de la mente*, Madrid, Alianza, 1999.

## LIBROS

- FRANKL, V. E., *El hombre en busca del sentido último*, Barcelona, Paidós, 1999.
- GAVILÁN, F., *Yo no he sido*, Madrid, Edaf, 1999.
- GENDLIN, E. T., *El Focusing en psicoterapia*, Barcelona, Paidós, 1999.
- HERRANZ, T., *Psicoterapia psicodramática individual*, Bilbao, DDB, 1999.
- HILLMAN, J., *Re-imaginar la psicología*, Madrid, Siruela, 1999.
- LINDEN, A.; PERUTZ, K., *Ejercitar la mente. PNL para una vida mejor*, Barcelona, Paidós, 1999.
- MELENDO, M., *Vivencias desde Enneagrama*, Bilbao, DDB, 1999.
- MIGUEZ, A., *Uso de sustancias psicoactivas*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- NAOUIR, A., *Hijas y madres*, Barcelona, Tusquets.
- NATIONAL CENTER FOR CLINICAL INFANT PROGRAMS, *Clasificación diagnóstica: 0-3*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- POCH, S., *Compendio de musicoterapia*, Vol. I. Barcelona, Herder, 1999.
- POCH, S., *Compendio de musicoterapia*, Vol. II. Barcelona, Herder, 1999.
- RUDGLEY, R., *Enciclopedia de sustancias psicoactivas*, Barcelona, Paidós, 1999.
- SANMARTÍN, J. (ed.), *Violencia contra niños*, Barcelona, Ariel, 1999.
- SERRANO, A.; PÉREZ, I.; MORELL, M., *Drogodependencias y Sida*, Málaga, Universidad de Málaga, 1999.
- SENELNIKOFF, N., *Las psicoterapias. Inventario Crítico*, Barcelona, Herder, 1999.
- TOMÁS, J. (ed.), *Anorexia y otras alteraciones de la conducta en la infancia y adolescencia*, Barcelona, Laertes, 1999.

## PSICOTERAPIA DE GRUPO Y DE FAMILIA

- KAÉS, R., *Sufrimiento y psicopatología de los vínculos institucionales*, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- KERNBERG, O. F., *Ideología, conflicto y liderazgo en grupos y organizaciones*, Barcelona, Paidós, 1999.
- SCHVARSTEIN, L., *Diseño de organizaciones*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- SELVINI, M.; CIRILLO, S.; SORRENTINO, A. M., *Muchachas anoréxicas y bulímicas*, Barcelona, Paidós, 1999.

## LIBROS RECIBIDOS

- ALBERCA, R.; LÓPEZ-POUSA, S., *Enfermedad de Alzheimer y otras demencias*, Madrid, Médica Panamericana, 1998.
- BADILLO LEÓN, I.; AGUIRRE BAZTÁN, A.; RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, M.; FERICGLA GONZÁLEZ, J. (ed.); *Las culturas del ciclo vital*, Barcelona, Bardenas, 1998.
- COSTECALDE, A.; GÁRATE MARTÍNEZ, I.; LACHAUD, D.; TRONO, C., *Hacerse psicoanalista. Las formaciones de lo inconsciente*, Madrid, Alianza, 1999.
- COLODRON, A., *Cinco conferencias sobre la esquizofrenia*, Madrid, Triacastela, 1999.
- PARKIN, A. J., *Exploraciones en Neuropsicología Cognitiva*, Madrid, Médica Panamericana, 1999.
- ÜSTÜN, T. B., y otros, *Libro de casos de la CIE-10. Las diversas curas de los trastornos mentales*, Madrid, Médica Panamericana, 1998.